

LA COQUETTE - 9' 37"

Performed by Purple Lizard Band

La Coquette es un garito madrileño, muy cercano a la indignada Puerta del Sol, donde solo se escucha *blues*. Una escalera que desciende entre paredes de ladrillos decoradas con pósteres y fotografías te conduce hasta una sala, laberíntica dentro de su pequeñez, con una barra diminuta pero bien surtida, un escenario exiguo y apenas diferenciado, entre paredes también de ladrillo visto repletas de héroes y de mártires, bajo el zumbido de las aspas de los ventiladores que penden del techo. Dado lo escaso de su espacio, el antro tiene la virtud (o el defecto) de ponerse siempre hasta arriba, como sus parroquianos, lleno total en cualquiera de sus pases, varios días a la semana. Así es La Coquette. Por lo demás, las copas no son caras y al aperitivo de pipas invita la casa.

Busco un lugar para sentarme en la abarrotada gruta. El concierto hace rato que ha empezado. Un par de jóvenes acceden a abrir un hueco entre ellos y allí me instalo. «Una cerveza», le digo al aguerrido y oscuro ángel del infierno que hace las veces de camarero. Esta noche toca un quinteto que casi no cabe en el escenario. Un batería de cabeza afeitada y perlada de sudor, cuyo entusiasmo y ritmo excede en mucho las posibilidades de un instrumento reducido a su mínima expresión; un bajista melencólico y taciturno que hace su trabajo de manera discreta pero eficiente, y luego está el plato fuerte del grupo. Por cierto, no lo he dicho, pero la banda responde al nombre de Purple Lizard Band, la Banda del Lagarto Púrpura, y el plato fuerte es el compuesto por los dos cantantes, Jim Morrison (antes en The Doors) y Janis Joplin, y el guitarrista Jimi Hendrix. Este combo sería improbable pero posible si no fuera porque los tres últimos murieron a los 27 años en trágicas circunstancias, claro que, ¿hay alguna muerte que no se produzca en trágicas circunstancias?

La Purple Lizard Band no es una mala banda. A fuerza de estar repitiendo durante años el mismo repertorio, podrían ejecutarlo sin mirar el instrumento. Además, se ve que tienen tablas y que saben manejar las claves para meterse al público en el bolsillo. Hace tiempo que renunciaron a la gloria con mayúsculas, resignados a esa gloria minúscula, pero gloria al fin y al cabo, de los bares de música, y a las copas gratis. Son conscientes de lo que son, una banda tributo más entre las innumerables bandas tributo que con mayor o menor fortuna pululan por el mundo, con una audiencia fiel y siempre dispuesta a volver la mirada atrás, a cogerse un pedo lo suficientemente gordo como para regresar a los tiempos en que eran jóvenes y sin duda más felices. Una banda tributo, como dice su nombre, es una banda homenaje a otra banda, a la que fagocita y de cuyo repertorio se nutre. Estos músicos tributarios aprendieron a tocar de manera autodidacta. Han pasado tantas horas, tantos años, visionando fotografías y vídeos de sus héroes, escuchando sus discos una y otra vez hasta destrozarse los surcos, leyendo entrevistas en las que hablaban sobre lo humano y lo divino, consumiendo las mismas drogas y probando otras nuevas, ensayando sus canciones y, no menos importante, ensayando sus poses ante el espejo, copiando sus cortes de pelo, vistiendo ropa anticuada y comprada en tiendas de segunda mano, aprendiendo inglés a golpe de traducción, que han terminado por convertirse en esas mismas estrellas. Así no hay que preocuparse cuando un ídolo muere, ni siquiera cuando lo hace a la temprana edad de 27 años y en trágicas circunstancias: el mundo no tardará en llenarse de réplicas, más o menos bien conseguidas y que puede que abandonen ese mismo mundo también a los 27, a las que sucederán otras réplicas, y todas ellas convertirán a esos dioses en definitivamente eternos, encarnados en músicos mediocres, pues más que saber tocar un instrumento lo verdaderamente importante es la actitud. Por si eso no bastara, proliferan por todo el planeta reuniones de imitadores que se juntan periódicamente, vestidos y peina-

dos como los originales. Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison, sí, pero también Elvis Presley, Michael Jackson, el *stone* Brian Jones, Amy Winehouse, Kurt Cobain (los tres últimos, por cierto, pertenecientes también a la cofradía de los 27...) no están muertos, uno puede cruzarse con ellos en el lugar más insospechado: en un concierto, en la cola del supermercado, en un funeral o en un antro de *swingers*... Siempre que alguien se lo pida, accederán de buena gana a firmar un autógrafo o a salir, si hay pasta por medio, en algún programa de televisión; o puede que incluso destrocen el mobiliario de la habitación de algún hotel barato, quién sabe.

Nuestra particular Janis Joplin es más guapa que la original, lo cual no es tan difícil. Tiene ya sus añitos y está algo entrada en kilos; a buen seguro ya no toma drogas, no al menos las duras, sus hijos no se lo permitirían. En cuanto a su voz, el desgarró agónico de la Janis de verdad, cultivado a conciencia en noches interminables y a fuerza de trasegar *whisky* y pitillos, se ha hecho más *soul*. Lleva gafas de montura redonda que ayudan a ocultar algunas arrugas, pantalones de terciopelo, un collar de cuentas, pelo electrizado... ¿Cuántos años tendría ahora la de verdad si no hubiera muerto? Andaría cerca de los setenta y probablemente ya no daría conciertos; la sosias tiene bastantes menos y cuanto más me fijo en ella más atractiva me parece, no sé, puede que sea su sonrisa. Mis ojos buscan ahora sus pechos, insinuados bajo la blusa blanca, tratando de comprobar si esta Janis tampoco lleva sujetador: desgraciadamente para mí, la imitación no llega a tanto.

Jimi, nuestro Jimi, ni siquiera es negro. Es oscuro de piel, eso sí, tal vez remotamente mulato. Toca la guitarra bastante bien; lo hace punteando con la derecha, no como el viejo Jimi, que hasta para eso era especial. Nuestro Jimi se ha trabajado concienzudamente los solos y, si bien no llega al virtuosismo del modelo originario, su trabajo es más que digno. Lleva el pelo hecho una bola gigantesca, aprisionado por una cinta azul que a duras penas logra tapar sus

entradas pronunciadas. Su barba también es lampiña, masca chicle, y su modo de vestir, al estilo bucanero, es igualmente estrafalario. Por la abertura de su camisa asoma una abundante mata de pelo ensortijado que se pierde sobre la prominente barriga.

Por lo que respecta a Jim, pugna duramente, como no podía ser de otro modo, por arrebatarse el protagonismo a Janis, demasiados gallos para un gallinero tan pequeño. ¡Jim Morrison no está muerto! ¡Jim Morrison está aquí, en La Coquette! Enfundado en pantalones de cuero, arrima su paquete, provocativamente, al soporte del micrófono. Va visiblemente borracho, no sería de extrañar que de un momento a otro se sacara la polla, o se lanzara en plancha sobre el público, o se desmayara en el poco espacio del que dispone. ¡No soy un cantante de *rock*, soy un poeta!

El público lo está pasando bien y el ambiente se va caldeando. Aparte de los tarras, también hay gente joven y guiris. Imagino a estos guiris en sus respectivos países, y ya a la vuelta de sus vacaciones, jurando y perjurando que vieron a Janis Joplin, a Jimi Hendrix y a Jim Morrison, ¡sí, los tres!, tocando juntos en un tugurio subterráneo. Seguramente, sus amistades se reirán de la ocurrencia, pero ¿podríamos asegurar que no eran ellos? Respecto a la clientela más joven, supongo que lo que buscan estos chavales es sentir lo mismo que sentían sus padres, ver cómo se las gastan sobre el escenario esos ídolos a los que solo conocen a través de fotos y camisetas, y cuya discografía se han bajado enterita de la red, a cascoporro, y con una vida lo bastante vertiginosa y desafiante como para engancharlos de inmediato.

El trasiego de cervezas no cesa en La Coquette. El respetable corea y jalea ahora una canción del Lagarto Púrpura, un *medley* infinito que empalma y mezcla fragmentos de The Doors, de Janis Joplin y de la Jimi Hendrix Experience, todo fundido y sin solución de continuidad, como aquella otra vez, ¿realmente ocurrió?

Se dice, aunque tal vez no sea más que un rumor, que hubo un tiempo en que existió una banda llamada Spaceship Blues Band; un grupo fabuloso no muy diferente a ese que está ahí enfrente, esta noche en La Coquette; una superbanda integrada por Jimi Hendrix a la guitarra, Janis Joplin y Jim Morrison a las voces, y luego otros músicos ocasionales. Nunca ha quedado del todo demostrada su existencia, pero tampoco su inexistencia. Después de todo, es lógico que fuera una banda secreta, ¿qué mánager en su sano juicio habría permitido que su particular gallina de huevos dorados hiciera discos o diera conciertos más allá de lo pactado en el contrato? ¿Y si su muerte fue una farsa para escapar precisamente de un contrato leonino que estrangulaba su creatividad? No faltan los que aseguran que en realidad la Spaceship nunca fue una formación al uso, sino que más bien se trataba de *jam sessions* ocasionales y que alguien, acaso ellos mismos, se tomó la molestia de grabar. Conciertos secretos y sin aviso previo en garitos como La Coquette. Otras voces, probablemente las mismas que han llenado la Red de canciones apócrifas (basta con teclear en un buscador), aseguran tener horas y horas de material inédito de la Spaceship que irán desvelando; incluso afirman haber estado en alguna de esas actuaciones que, dado el exagerado consumo de drogas y lo abultado de los egos implicados, terminaban —dicen— como el rosario de la aurora, con botellazos, peleas, detenciones...

Pido la enésima cerveza, me dejo llevar por la temperatura sofocante, por la música, intentando no racionalizar lo que ha de ser solo sentimiento, pura intuición... Abandonarme, no pensar que es tarde y que mañana hay que trabajar, olvidarme de que La Coquette es ahora un horno bajo tierra, una madriguera sin salida de emergencia, una fosa, una enorme fosa común habitada por fantasmas del pasado...

INDIAN SOUL - 4' 48"
Performed by Jim Morrison

ABUELA DE JIM MORRISON

Jimmy debía de tener unos tres o cuatro años. Todo ocurrió en Nuevo México. Íbamos todos en el coche, por la carretera que une Albuquerque y Santa Fe. Me acuerdo de que hacía un calor tremendo y el paisaje era desértico. De pronto vimos que en la carretera había habido un accidente. Steve, el padre de Jim, echó el coche a un lado de la carretera y él y mi marido salieron para ver si podían echar una mano. Un coche y un camión cargado de indios habían chocado de frente. Por todas partes se veía sangre y cuerpos mutilados, retorciéndose, gritando... Un espectáculo dantesco. Una mujer gritaba en un idioma desconocido, pidiendo ayuda. Lo recuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo ahora mismo. Yo no hacía más que repetirle a Jimmy que los indios no lloran, y sin embargo allí estaba aquella mujer llorando y gritando. Los hombres regresaron al coche y continuamos el viaje. Jimmy se quedó mirando por el cristal de atrás hasta que ya no se pudo ver nada. No paraba de hacer preguntas sobre lo que acabábamos de ver. Aquello había sido un espectáculo demasiado fuerte para un niño tan pequeño. Estaba asustado, angustiado. Finalmente, Steve le dijo que no había ocurrido nada, que todo había sido simplemente una pesadilla. Un poco más adelante encontramos una gasolinera y paramos otra vez. Llamamos a la policía y a una ambulancia. La experiencia lo marcó. Desde aquel accidente horrible empezó a mearse por las noches en la cama. Años más tarde, cuando todos pensábamos que ya habría olvidado aquello, me

contó que el alma de uno de aquellos indios agonizantes había escapado y se había introducido en su cerebro. Y me lo decía completamente en serio.

ENTREVISTADOR

¿Qué opina sobre los abusos sexuales que Jim dijo haber sufrido cuando era un niño?

ABUELA DE JIM MORRISON

(tras meditar la respuesta)

No creo que tal cosa ocurriera.

ENTREVISTADOR

Pero él aseguró que era alguien cercano a la fami...

ABUELA DE JIM MORRISON

Eso es como lo del alma del indio. Y ahora, si me disculpa...

Fin de la entrevista.

BUSTER - 10' 25"

Performed by Jimi Hendrix

FRANK NEPOMUCENO

(Vecino de la familia Hendrix en Rainier Vista, Seattle)

Yo conocía a ambos, me refiero a los padres de Buster, Al y Lucille. (...) ¿Buster? Sí, bueno, a Jimi todo el mundo lo llamaba así, Buster. Buster era uno de esos personajes de tebeo, Buster Brown. Pues como le iba diciendo, yo conocía a los padres. Se puede decir que la relación entre ambos iba por ciclos. Había periodos, de dos o tres meses, en que estaban bien, y luego otros en que la cosa no funcionaba. Una relación de amor y odio, vaya. No recuerdo que Al tuviera jamás un empleo fijo; además, era de esos que no consiente que su mujer trabaje fuera, sería de poco hombre. Así que siempre tenían problemas económicos. Además, a ambos les gustaba beber alcohol; ella, Lucille, se volvía comunicativa cuando bebía y hablaba con todo el mundo, mientras que él, Al, se volvía violento, probablemente porque sentía celos de ella, que era una mujer muy guapa. Buster era su primer hijo. Al la había dejado embarazada siendo apenas una adolescente, y luego se había marchado al frente, a la guerra. Como comprenderá, no era el ambiente familiar más adecuado para los niños. Cuando discutían, lo normal era que Lucille se marchara de casa. Incluso estuvo viviendo aquí, en esta casa, en una de esas ocasiones. Fue entonces cuando me habló de su vida, lo recuerdo bien, una noche en que estábamos aburridos, fue como una especie de confesión. Me contó cómo había vivido con su amiga Dorothy Harding, con su hermana Delores... Buster pasó temporadas largas con esas mujeres, también en casa de su

abuela Clarice, y de una amiga de esta, la señora Champ, que a punto estuvo de adoptar a Buster. También vivió con la madre de Al, Nora, en Vancouver. Nora tenía antepasados cheroquis, eso explica el aspecto mestizo que tenían todos los hijos, incluido Buster: una mezcla de sangre cheroqui, negra y también blanca. Se puede decir que fueron todas esas mujeres las que de una manera u otra criaron a los hermanos Hendrix. (...) Antes de venir a vivir al barrio, habían vivido con la hermana de ella, con Delores, y también en un hotel. Después de Buster, tuvieron más niños: Leon, Joe, Kathy Ira y Pamela, por ese orden. A medida que iban teniendo hijos la situación familiar empeoraba de una manera paralela. Los problemas económicos se multiplicaban, haciendo que el matrimonio se fuera distanciando más, siempre al borde del divorcio. Los niños tenían pinta de estar malnutridos. A veces éramos nosotros, los vecinos, los que teníamos que darles de comer. Cuando discutían entre sí no era raro que Al golpeará a Lucille. Los del barrio podíamos escuchar los reproches que se lanzaban el uno al otro. Muchas veces, Al decía que los niños no eran suyos, que eran de otros hombres. Las noches en que sus padres peleaban, Buster terminaba durmiendo en casa de Dorothy, la amiga de su madre. Tal vez esa fuera la razón por la que Buster tartamudeaba de niño, por miedo. Era muy callado también. (...) En cuanto a los hermanos de Buster, le diré que muchos nacieron con problemas, como si pesara una maldición sobre la familia. Joe, el tercero, nació con varias taras: tenía dos filas de dientes, una fisura en el paladar, un pie torcido y una pierna más corta que la otra. Lucille acusaba a su marido de haberla golpeado durante el embarazo, y él la acusaba a ella de beber demasia-

do alcohol y de acostarse con otros hombres sin importarle lo avanzado de su embarazo. Seguramente, los problemas de Joe se podrían haber curado operando al chico, algo a lo que el padre siempre se negó, bastantes apuros económicos tenían ya como para andar teniendo más gastos. Kathy Ira era la cuarta de los hijos. Nació ciega. A los once meses la entregaron al Estado para que pudiera ser adoptada. Como era habitual en él, Al aseguraba que no era su hija, que era de otro. Algo después, nació Pamela, también con problemas de salud. Al igual que pasara con su hermana, ella también fue dada en adopción. Alguna familia del barrio debió de quedarse con ella, porque de vez en cuando te la encontrabas por aquí, e incluso a veces se veía con el resto de la familia, como si nada raro hubiera pasado. (...) Al final se divorciaron, pero, como era de esperar, volvieron a juntarse. Juntos no podían vivir, separados tampoco. Con todo, lo peor vino allá por el año 52, más o menos. Joe, el tercero de los hijos, debía de tener unos tres años y Lucille, su madre, seguía empeñada en operar al niño de la pierna que tenía mal, algo a lo que el padre se negaba. La única forma de tratar al muchacho era ponerlo bajo la tutela del Estado, y para ello tendrían que ceder sus derechos de paternidad. Creo que incluso esas dos mujeres, su hermana y la amiga, se ofrecieron para adoptar al muchacho, pero no hubo manera. Un día, el padre apareció con un automóvil, algo insólito en él, pues Al no tenía coche. Empezó a empaquetar las escasas pertenencias que puede tener un crío de tres años y lo metió todo en el coche, también a Joe, como si el chico fuera un paquete más. Tendría usted que haber visto la escena. Delores, la tía de los niños, estaba allí, en la puerta; a su lado, Buster y su hermano

Leon miraban cómo los padres se marchaban con el pobre Joe en brazos de Lucille hacia un destino que todos intuían incierto, diciéndole adiós con sus manitas. No se volvió a saber más de Joe, hasta años después en que, según tengo entendido, volvió a cruzarse con sus hermanos y hablaron sin ningún mal rollo entre ellos. (...) Al año siguiente nació otro hijo, Alfred, también con discapacidades físicas. Corrió la misma suerte que los otros: adopción. A esas alturas, Lucille cada vez pasaba menos tiempo en la casa, y cuando discutían se iba a la de su madre. Buster y su hermano la visitaban allí, a escondidas. A veces, los dos niños iban a casa de los vecinos a cenar, o robaban en los supermercados. Al no limpiaba la casa ni lavaba, «eso es cosa de mujeres», decía. También tuvo alguna novia ocasional que llevó a la casa. Poco después consiguió un empleo de obrero en el departamento de ingeniería municipal. Su nueva situación económica debía de ser algo mejor, imagino, pues abandonaron la casa y se mudaron. Creo que Al llegó a comprar otra casa, pero de esto ya no estoy seguro.